**Presentación del Señor  
Ciclo A**

2 de febrero de 2023  
Ml 3, 1-4  
Sal 23  
Mc 5, 21-43  
*P. Eduardo Suanzes, msps*

Lo que hoy la Iglesia celebra con alegría y profundo sentido de contemplación es que Jesús es la Luz del mundo. Por eso, las candelas, las velas en procesión, por eso a este día se le ha llamado “La Candelaria”. ¿Por qué Jesús es Luz del mundo?

Permítanme explicarlo con el ejemplo de un hecho que todos recordamos y que sacudió al mundo en el 2010.

Los 33 mineros que quedaron atrapados en la mina de Chile se preguntaban con angustia si volverían a encontrar la luz. El 5 de agosto de 2010 eran sólo un sencillo grupo de mineros que se preparaba para empezar otra jornada difícil en la mina de San José. Lo recordamos: quedaron atrapados en las profundidades de la tierra. Los primeros golpes que percibieron, dados en señal de búsqueda desde el exterior, hicieron brotar en ellos la fuente de la esperanza, pues restablecían la comunicación con el mundo de los vivos. Después de 70 días ***emergían de la profundidad*** de la tierra y ***regresaban a la luz.***

Aun cuando la angustia no sea comúnmente sentida de una manera tan dramática, sin embargo, la palabra de Dios llega a los hombres en una situación análoga. En efecto, sin ella ¿no seríamos semejantes en nuestro mundo dislocado a seres sepultados vivos, cercados por la sombra de la muerte e incapaces de abrirnos el camino a la vida? Pero cuando la palabra de Dios llega hasta nosotros, nuestra angustia no es total; la esperanza se implanta en nosotros. Esta primera iniciativa divina no es, sin embargo, más que el principio. Una vez restablecida la comunicación falta que el salvamento se lleve a cabo. Para esto no es suficiente la palabra: el que salva paga con su persona. Esta es la exigencia amorosa que Dios mismo contrajo en su hijo, Jesucristo.

En efecto, Dios se hace hombre en Jesús y se presenta ante el mundo como la luz: es lo que hemos oído en la presentación de Jesús en el Templo en donde Simeón proclama a Jesús como «*luz que alumbra a las naciones*». En ese mismo punto, treinta años más tarde, Jesús dirá de sí mismo: «*Yo soy la luz del mundo. El que me siga no caminará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida*»[[1]](#footnote-1).

«*La luz de la vida*». Pensando en esta frase me trato de imaginar la sensación que cada uno de los 33 mineros de Chile experimentó al volver a la superficie, al volver a la luz. También me viene a la mente la vida que reciben las plantas, todos los seres creados, procedente de la luz del sol. Si el sol no existiera nuestro mundo sería un mundo de muerte, oscuro, gélido, de soledad y vacío. La salida del sol cada mañana evoca el nacimiento de la vida, mientras el ocaso nos recuerda el crepúsculo del todo existir[[2]](#footnote-2). Pero, si nos fijamos bien, esta gran estrella que nos preside está muriendo a chorros a sí misma cada instante, consumiendo cantidades ingentes de energía que le llevan a una lenta extinción. Con ello, paradójica y misteriosamente, precisamente porque está muriendo, puede dar luz y vida a los millones de seres que poblamos el planeta. Un morir que da la vida: un símbolo, una alegoría, una evocación de esa generosidad sin límites propia del amor, que vemos inscrita en nuestra estrella y en otros ejemplos del universo físico o animal. ¿No es esta acaso la misión de Jesús: dar luz, dar vida, hasta morir en la cruz por todos nosotros?

Pero es que además, Jesús dice: «*Ustedes son la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder. Ni se enciende una luz y se pone debajo de un almud, sino sobre el candelero, y alumbra a todos los que están en casa. Así alumbre su luz delante de los hombres, para que vean sus buenas obras, y glorifiquen a su Padre que está en los cielos*». Esto quiere decir que quien recibe la luz de Jesús se convierte en luz. ¿Por qué? ¿Cómo es que sucede esto?

El primer día de la creación dijo Dios: «*Hágase la luz, y la luz se hizo*»[[3]](#footnote-3) y eso es precisamente lo que hace Jesús en el corazón de todo aquel que se topa con Él y lo acepta: le ilumina por dentro y por fuera. Y es que, como dice Juan en su evangelio, todo ha sido creado por medio de la Palabra, que la Palabra es la vida y la luz del mundo. La creación se ha producido teniendo como referencia fundamental la Palabra hecha carne, Jesús; «*todo fue hecho por ella y sin ella no se hizo nada de cuanto llegó a existir*», todo tiene sentido únicamente por él[[4]](#footnote-4). Y ahora esa Palabra hecha carne mira a nuestro corazón abierto y se pronuncia a sí misma diciendo: «*Hágase la luz».* Por eso es que quien lo acoge se convierte en luz. Y quien se convierte en luz ya no vive en las tinieblas.

El Señor conoce nuestra ambigüedad y está en nuestras manos la elección de vivir en la luz o en las tinieblas. Ser luz es decidir caminar en las horas luminosas del día creyendo en quien nos dice: *«Yo soy la luz del mundo. El que me siga no caminará a oscuras, sino que tendrá la luz de la vida»[[5]](#footnote-5)*. Ser luz es seguir a Jesús, elegir lo que Él eligió, amar lo que amó, conformar la propia vida con el modelo de la suya. Ser luz es tener la percepción de vivir cada instante del tiempo en el horizonte del amor con el que Dios nos ama en Jesús y con el que quiere que nosotros le amemos en Él y con Él[[6]](#footnote-6).

1. Jn 8, 12 [↑](#footnote-ref-1)
2. …por eso a la última etapa de la vida la llamamos “su ocaso” [↑](#footnote-ref-2)
3. Gn 1, 3 [↑](#footnote-ref-3)
4. Carlo María Martini. *Diccionario Espiritual*. Ed. PPC, Madrid 1997 [↑](#footnote-ref-4)
5. Jn 8,12 [↑](#footnote-ref-5)
6. Cfr. Carlo María Martini. *Estoy llamando a la puerta*. Ed. PPC. Madrid 1994 [↑](#footnote-ref-6)